

## CRONICA DE MEDELLIN

*Mons. José Dammert Bellido*  
*Obispo de Cajamarca*

La preparación de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano fue larga y ardua. Comenzó al conmemorarse el X aniversario del CELAM en Roma durante la última sesión del Vaticano II con la participación de los obispos del continente y las palabras sentidas y hermosas de nuestro Presidente don Manuel Larraín. A ellas respondió el venerado Pablo VI con un elocuente discurso, adornado por improvisadas añadiduras llenas de humor y hondura, destacando su interés y preocupación por el porvenir de la Iglesia al orientar la pastoral a la luz del Concilio.

La directiva del CELAM prosiguió la preparación en diversas reuniones, generales o sectoriales, siendo las de mayor relieve las de Mar del Plata y de Lima, presididas por dom Avelar Brandao Vilela, debido al sensible y rápido fallecimiento de Mons. Larraín: sin embargo su espíritu estuvo presente en la etapa preparatoria y durante el desarrollo de la Conferencia iluminando las conclusiones.

La finalidad propuesta era adaptar el Concilio a América Latina mediante líneas pastorales propias, dado que las anteriores reuniones habían sido demasiado europeas. Ejemplo fue el Concilio plenario de 1899; así mismo los concilios provinciales y sínodos diocesanos posteriores se cifieron estrictamente a las decisiones del Plenario y a los cánones del Código piano-benedictino sin mayor adecuación a la realidad. Poner en evidencia la singularidad que exigía la pastoral en el continente, que ciertamente posee una fisonomía común, pero que no es igual en Buenos Aires, Sao Paulo, Ciudad de México y en las alturas andinas, fue la meta que nos propusimos.

Señaló rumbos a la Conferencia la encíclica "Populorum Progressio" publicada semanas antes y el discurso inaugural de Pablo VI que nos dirigió en la Catedral de Bogotá.

Los esquemas propuestos a la Asamblea, después de maduro y detenido examen, de parte de los Departamentos y Presidencia del CELAM, fueron ilustrados por las ponencias introductorias; entre las que sobresalieron las pronunciadas por Leonidas Proaño y Samuel Ruiz.

Llamaron particularmente la atención los temas y discusiones sobre Justicia, Paz y Pobreza, tanto en las Comisiones como en los Plenarios, donde fueron perfeccionados y esbozaron la imagen de Medellín para el futuro.

La Presidencia del CELAM y los Presidentes de las Comisiones nos reuníamos cada noche para evaluar el desarrollo de la Asamblea, con la ayuda valiosa y profunda del Secretario general, Eduardo Pironio, y los asuntos más importantes eran llevados por dom Avelar a sus colegas en la Presidencia, cardenales Landázuri y Samoré, ambos participantes en la I Conferencia general de Río Janeiro, y el segundo acompañante del Episcopado latino americano desde el Consejo para Asuntos Públicos de la Iglesia, y que durante mucho tiempo tuvo influencia decisiva en la actuación romana en el continente.

El cardenal Landázuri pronunció el discurso de saludo al Papa en Bogotá y luego dictó una brillante e iluminadora conferencia en la primera reunión en Medellín, que fue largamente ovacionada.

Hubo dificultades y problemas porque no todos los Episcopados coincidían en los documentos programados y señalaron divergencias, algunas muy notorias, como presentar esquemas alternativos. La habilidad del grupo organizador y la sagacidad de su Presidente dom Avelar permitieron llegar a un consenso por unanimidad o inmensa mayoría. A pesar de ello se advirtió dentro de la misma Conferencia las disensiones que rebrotarían luego como también las críticas a los resultados.

También se han señalado vacíos en Medellín sobre puntos que, tal vez, no se juzgó de primigenia importancia, y que el influjo de los expertos presentes fue excesivo. Pero debo declarar que todos y cada uno de los documentos fue estudiado, revisado y aprobado por todos y cada uno de los obispos presentes, ciertamente con recargo de labor, más ninguno puede afirmar que no los tuvo a disposición para su estudio.

La colaboración de los delegados de los episcopados fue valiosa como las oportunas sugerencias de expertos e invitados, sacerdotes y laicos, y de otros continentes y de otras denominaciones cristianas.

Entre todos los presentes, a pesar de disparidad de pareceres, reinó una armoniosa sintonía de amistad fraterna y los días del encuentro fueron vividos en espíritu familiar y se trabaron vinculaciones que han permanecido. Haber estado en Medellín constituyó un sello que casi imprimió carácter a los asistentes.

Con relevante confianza en lo actuado el Santo Padre Pablo VI aprobó, confirmó y ordenó publicar las conclusiones elaboradas antes del término de la Asamblea.

La recepción de Medellín de parte de las iglesias locales, tanto de las jerarquías como de los fieles a todos los niveles, como de miembros de otras confesiones cristianas y aún de increyentes, ha sido grande. Todo, aprobación y crítica, sirvió para completar y perfeccionar en Puebla lo aprobado en Medellín, y sobre todo mantener el espíritu que presidió la II Conferencia general.

La repercusión en otros continentes también ha sido grande, quedando como hito de gran importancia para la nueva evangelización que reclama Juan Pablo II.

En mi condición de Presidente del Departamento de Apostolado seglar del CELAM me tocó preparar con mis inmediatos colaboradores y los dirigentes latinoamericanos de los movimientos apostólicos, especialmente en la reunión de Cañete (Perú), las pautas para el documento respectivo. La primera redacción no fue aprobada por la Asamblea y tuvimos que preparar una segunda.

Los antiguos y experimentados forjadores de la Acción Católica en sus países, cardenal Caggiano de Buenos Aires y el Arzobispo Primado de México, Miguel Darío Miranda, insistieron en que entre los movimientos laicales se introdujese el papel preponderante de la Acción Católica como órgano básico y colaborador de la Jerarquía en el apostolado seglar, pero la mayoría de los miembros de la Asamblea no asumió ese parecer.

Era una etapa que concluía, y se abría una nueva formulada por el Concilio Vaticano II, y que encontraba en Medellín lineamientos para su acción tanto en los medios urbanos como en los ambientes rurales, y que en el curso de estos 20 años ha obtenido sucesos y fracasos, inherentes a toda actividad humana, pues se corren grandes riesgos. Sin embargo se despertó la responsabilidad de los laicos cristianos en la Iglesia y en el mundo.